

EL CENTINELA DE LA PATRIA.

| Mes 3º | San Salvador, Octubre 5 de 1863. | Núm. 25. |

La mano de Dios.

El escepticismo mas absoluto tendría en éstos momentos que humillarse ante la evidencia de los hechos y creer que la mano de Dios castiga implacablemente á nuestros enemigos y ostensiblemente nos protege y nos defiende.

El sanguinario, el salvaje, el feroz Carrera atizado en su empresa de destruccion por infames traidores, acumuló toda clase de proyectiles mortíferos para reducir á cenizas nuestra heroica Capital.— En efecto siete dias hace que ha estado bombardeándola, casi de continuo; pero el dedo del Omnipotente ha descrito á cada proyectil su determinada parábola para que al caer, los estragos que ocasionase fueran el castigo de esos mismos traidores, que vendian criminalmente su Patria al hombre mas tirano, inmoral y sacrílego de Centro-América. Así vimos llenos de admiracion que una mitad de las bombas que ha arrojado el enemigo han caído en las casas de los traidores, y que casi otra mitad de ellas llegaban apagadas á nuestros pies; tambien ha sido providencial que las explosiones no hayan muerto ni herido á uno solo de los valientes defensores de la plaza; pero lo que ha hecho á todos reconocer palpablemente la justicia de Dios, es el voraz incendio que hizo estallar hoy de madrugada uno de aquellos proyectiles en la casa del cabecilla de la rebelion del 30 de Junio, de ese hombre funesto, origen de todos nuestros padecimientos y de la ruina y degradacion de nuestra Patria.

La magnífica casa de Don José Antonio Gonzalez no es ya mas que un ennegrecido monton de humeantes escombros.

Carrera y Dueñas contemplarian anoche el incendio con una sonrisa satánica, creyendo ver pronto reducida á cenizas la Capital, abrasados sus habitantes, y ser hoy ellos los triunfadores en medio del esterminio y la desolacion: el traidor Gonzalez sentiria un hielo mortal en el corazon al ver que él mismo ayudaba á consumir la total ruina y miseria suya y de su mismo hermano.

En medio de esta justicia divina, tambien se dejó ver su misericordia y proteccion por el Pueblo Salvadoreño. La casa estaba llena de heridos y enfermos del ejército, al empezar el incendio; pero hubo el tiempo necesario para sacarlos á todos.

Tambien respetó el furor de las llamas á las casas contiguas á la de Gonzalez y que no eran propiedad de traidores. ¡Con tan marcada proteccion del Cielo por nuestra causa y con el valor heroico é incontrastable de los valientes Salvadoreños, qué podrán hacer el Salvaje Carrera y sus miserables satélites! Morder humillados y rabiosos la tierra ante nuestras trincheras y salvar con una fuga vergonzosa su menguada existencia lejos del suelo de los libres.

Con respecto á un Dueñas, á Gonzalez y á otros miserables, — más encontrarán ya una Patria, — San Salvador y á todas partes acompañarán las maldiciones los Salvadoreños.

